

## **¿NUEVAS MASCULINIDADES? UN ESTUDIO EN JÓVENES DE UN CENTRO DE EDUCACIÓN TÉCNICO-PROFESIONAL EN MONTEVIDEO**

GERARDO BUCCINO EVANS

La siguiente ponencia es el resultado de una investigación, en el marco del Taller de investigación «Violencia, Juventud y Sociedad», de la Licenciatura de Sociología de la Udelar, llevada a cabo en un Centro de Educación Técnico-Profesional (CETP, ex-UTU, Universidad del Trabajo del Uruguay), cuyo objetivo consistió en aproximarse al fenómeno de la construcción de masculinidades en jóvenes adolescentes.

La hipótesis principal que orienta esta investigación sostiene que las prácticas y comportamientos de los varones adolescentes afirman un modelo de masculinidad hegemónica, al cual permanentemente se están acercando y/o enfrentando. Estas prácticas se ejercen y verifican tanto respecto de las mujeres, como entre los varones. La masculinidad hegemónica impone ciertos rasgos, mediante los cuales el modelo «esperado» de ser varón connota ciertas expectativas (éxito, poder, asunción de riesgos, ostentación heterosexual, homofobia, supresión de las emociones, agresividad, violencia), en oposición al mundo de las mujeres y a aquellos varones que no «adhieren» al modelo de masculinidad hegemónica.

Palabras clave: adolescentes, educación, violencia, género, masculinidades.

### INTRODUCCIÓN

La violencia basada en género es uno de los problemas sociales más señalados en términos de seguridad. Las cifras de violencia hacia las mujeres en Uruguay nos muestran datos bastante contundentes y alarmantes. Solamente en 2017, hubo 41 casos de homicidios a mujeres. El 56,1 % fueron cometidos por su pareja, ex pareja o familiar, según datos del Observatorio Nacional sobre Violencia y Criminalidad, perteneciente al Ministerio del Interior de Uruguay. Habiéndose destacado esto, ¿Podemos encontrar una correlación entre el aumento progresivo de la violencia de género y la construcción de la identidad de género (o la masculinidad) en los varones? El sociólogo uruguayo François Graña señala que la persistencia y profundización del fenómeno de la violencia basada en género, a pesar de los esfuerzos y las campañas para erradicarla, puede entenderse si nos enfocamos en las relaciones desiguales de poder entre varones y mujeres. La

dominación masculina, como argumenta Graña, puede ser vista como «la más antigua, eficaz y silenciosa de las relaciones de poder entabladas entre grandes grupos sociales» (Graña, 2011: 105).

Esta dominación, naturalizada, responde a una construcción social, que modela tanto los cuerpos como las mentes de las personas. El solapamiento de lo biológico y lo social, de lo que es dado por la naturaleza y de lo que es construido social y culturalmente, vuelven invisibles y «naturales» ciertos aprendizajes de las identidades de género, sobre cómo se debe ser mujer y cómo se debe ser varón.

#### ESTRATEGIA METODOLÓGICA

La investigación se llevó a cabo en la Escuela Técnica «Andrés Bernardo Bruno», ubicada en el barrio montevideano de la Unión. Según los datos a los que pude acceder luego de los primeros contactos con dicha institución, en el año 2016 la matrícula de la Escuela técnica fue de 967 personas, de los cuales 516 fueron varones y 451 mujeres. La oferta educativa varía en función de las edades de los/as alumnos/as y de su formación previa.

Existe un Ciclo Básico Tecnológico (CBT), para adolescentes de 12 a 14 años, cuyo requisito de ingreso es tener primaria completa. Por otro lado, en la Escuela técnica se brindan cursos para jóvenes a partir de 15 años en el marco del programa de Formación Profesional Básica (FPB), mediante la cual se brinda al estudiante una formación integral que le posibilita completar la educación media básica, a la vez que se brinda una formación base para su inserción laboral. Dentro de la oferta educativa de la FPB, podemos clasificar los cursos como tradicionalmente orientados a varones (Carpintería, Mecánica Automotriz, Panadería) y otros tradicionalmente orientados a mujeres (Belleza capilar, Gastronomía).

Se eligió uno de los grupos de FPB para realizar la investigación: un grupo de Mecánica Automotriz, principalmente conformado por varones. Se entrevistó a varones de ese grupo, de entre 15 y 18 años, en el primer semestre lectivo del año 2017 (período marzo-mayo). Durante el desarrollo de la investigación, y a sugerencia de una de las educadoras de la Escuela Técnica, consideré oportuno también realizar entrevistas con las únicas dos mujeres del grupo de Mecánica Automotriz y con varones de un grupo de la carrera de Belleza Capilar (que según los estereotipos de género predominantes y la

División Sexual del Trabajo podemos denominar como una carrera «feminizada»), para conocer sus opiniones y creencias acerca de la construcción de la masculinidad en la etapa de la adolescencia que están transitando.

La estrategia de investigación utilizada para llevar a cabo el estudio fue de corte cualitativo. El enfoque cualitativo nos permite, según Luis Enrique Alonso, orientar el estudio sociológico hacia la investigación de los procesos de producción y reproducción de lo social a través del lenguaje y la acción simbólica. Este enfoque permite entonces abordar las diferentes formas de interacción grupal que se establecen en el espacio social concreto, además de permitir el estudio de la realidad social como un conjunto de patrones intersubjetivos y narrativos. Una de las técnicas utilizadas para los fines de la investigación es la entrevista semiestructurada, con la intención de conocer los procesos subjetivos a partir de los cuales los varones construyen sus identidades de género.

#### LAS MASCULINIDADES, ¿UN FENÓMENO POCO ABORDADO?

Los estudios sobre masculinidades centran su atención, como explica el sociólogo chileno José Olavarría (2005), en cómo los hombres construyen su masculinidad y cómo se asocia esta con la sexualidad, la reproducción, la paternidad, el trabajo y la violencia.

La masculinidad, así como el género, es una construcción colectiva, social y cultural, generalmente incentivada como parte del proceso de socialización de los varones biológicos, a través del cual les son indicados una serie de valores, códigos, significados y conductas a cumplir frente a sí mismos y a otros/as. El dispositivo principal en la construcción de las masculinidades es la lucha por diferenciarse e imponerse sobre lo «diferente»: lo femenino y todo lo que pueda estar asociado a esto. En concordancia con esto, Carabí nos dice que la definición de masculinidad nos puede sorprender: es una definición en negativo. La masculinidad es aquello que no es. En sus palabras, «La masculinidad no es femenina, no es étnica, no es homosexual» (Carabí, 2000: 19).

La delimitación de las fronteras culturales entre lo masculino y lo femenino, aunque sus mandatos específicos varíen dependiendo del contexto, implican roles, actitudes y comportamientos diferenciales en esferas y actividades como: la forma de presentarse, moverse y actuar en el ámbito público; la participación en el mundo político; la generación de ingresos económicos, la participación en el mercado de trabajo y la

provisión del hogar; el lugar que se ocupa en la familia, respecto de la pareja y los/as hijos/as; La gestión del espacio privado y el hogar; el vínculo con la violencia y el riesgo; el uso y cuidado del cuerpo; la forma de experimentar la sexualidad, los deseos, la orientación y práctica sexual.

Sin embargo, no existe una forma consensual de ser hombre: podemos encontrar muchas formas de vivir y «ejercer» la masculinidad. A pesar de ello, se puede decir que sí existe una forma predominante, que es la masculinidad tradicional, también conocida como masculinidad hegemónica, y que puede definirse como el modelo social hegemónico que impone un modo particular de configurar la subjetividad, la corporalidad, la posición existencial del común de los hombres y de los hombres comunes, e inhibe y anula la jerarquización social de otras masculinidades.

Según Olavarría, los mandatos de esta masculinidad hegemónica, que son internalizados especialmente en el hogar y en las instituciones educativas, señalan e imponen determinadas pautas de comportamiento a los varones, tales como ser rectos, responsables, comportarse correctamente; ser autónomos, distinguirse de las mujeres, las que deben depender de ellos y estar bajo su protección. Además, los varones tienen que dar siempre la sensación de estar seguros, ser valientes, no disminuirse ante los otros, no deben mostrar signos de debilidad ni de dolor.

La masculinidad hegemónica entonces está relacionada con la voluntad de dominio y control, de producción ideológica, resultante de los procesos de organización social de las relaciones mujer/hombre a partir de la cultura de dominación y jerarquización masculina y deriva su poder de la naturalización de mitos acerca de los géneros, contruidos para la legitimación del dominio masculino y la desigual distribución genérica del poder.

### ¿POR QUÉ ESTUDIAR LAS MASCULINIDADES DESDE LA ADOLESCENCIA?

En la adolescencia, los varones comienzan a desmarcarse de la esfera doméstica en la cual fueron criados y socializados. Hasta la niñez, los varones pertenecen al mundo de la «casa» y están bajo estricto control materno, pero en la etapa adolescente se da un quiebre, una separación simbólica de este mundo y se ingresa al mundo masculino. En la medida en que la adolescencia es el período en el cual los adolescentes se están separando simbólicamente del espacio doméstico, la cultura juvenil despliega diversas

estrategias por las cuales se establecen cortes simbólicos que permitan a los varones no contaminarse con lo femenino (lo propio del espacio doméstico), marcando distancia frente a este orden. Y el grupo de pares será crucial para que el varón atraviese esta etapa de la niñez a la hombría. Esta camaradería, según nos indica Fuller (2003), es producto de la situación marginal en la que se encuentran los varones, que aún no poseen vínculos jurídicos plenos, y forma parte de la afirmación de su masculinidad y el lugar que empiezan a ocupar en la estructura social. Los grupos de pares se constituyen en los ámbitos más opresivos para la producción y regulación de las identidades masculinas, a través de la presión que ejercen los otros (compañeros, amigos, colegas) para que el varón se ajuste al modelo de masculinidad del grupo. Existen ciertos rituales o pruebas de transición que un varón debe llevar a cabo para sentirse «hombre» y que su grupo de pares lo considere como tal: estas pruebas van desde el consumo de sustancias (alcohol o drogas ilegales), el combate cuerpo a cuerpo o la iniciación sexual (generalmente heterosexual). Estos rituales imponen a los varones la «necesidad» de demostrarle a sus pares que ya están prontos como «hombres» para enfrentar los desafíos del mundo adulto.

## MASCULINIDAD Y LAS PROFESIONES ESTEREOTIPADAS

El trabajo se convierte en un paso fundamental en el camino del varón adulto, según los mandatos de la masculinidad hegemónica. Es uno de los pilares sobre los que se sostiene el lugar del hombre en su núcleo familiar. El trabajo remunerado como actividad principal del varón, que según esos mandatos de masculinidad dominante le deberían permitir ser el proveedor principal, reafirman la distinción entre el mundo doméstico de las mujeres y el mundo público de los varones.

A partir de ahora resulta necesario aproximarse a la teoría de género para intentar comprender cuáles son los motivos que desembocan en qué determinadas carreras sean elegidas por varones y por mujeres.

Como consecuencia de estos estereotipos de género, existen creencias fuertemente arraigadas socialmente que indican que existen carreras que son para varones y otras para mujeres. Estos estereotipos nos son inculcados desde que nacemos, a través de la socialización de género, en la que intervienen tanto las familias, la escuela y los medios de comunicación. Como sostiene Fernández Casado (2016), uno de los mecanismos que condicionan la capacidad de elección de estudios y ocupación por parte de varones y

mujeres se refiere a las expectativas de sanciones, pues a la hora de tomar decisiones educativas, la socialización de género termina imponiendo sus expectativas sobre el rol que ocupamos en la estructura social. Dichas sanciones pueden ir desde la desaprobación de los padres, familiares y grupos de pares hasta el acoso recibido por las mujeres en el caso de seguir una carrera tradicionalmente masculinizada. Por lo tanto, las y los jóvenes suelen elegir aquellas carreras que no vayan en contra de su imagen de género, y en las que vayan a tener más oportunidades y menores dificultades en el acceso y su mantenimiento.

Para entender de mejor manera esta separación entre carreras masculinizadas y feminizadas, es necesario tener en cuenta la división sexual del trabajo. Según Tomassini (2012), la división sexual del trabajo implica una jerarquía social, basada en las diferentes asignaciones (simbólicas) de valor, que en nuestras sociedades salariales revalorizan los trabajos de producción y devalúan los de reproducción. Este concepto da cuenta de la división esperada en función del sexo del individuo y el lugar que va a ocupar en el mercado de trabajo, lo que determina comportamientos y roles diferentes, en función de un deber ser masculino (como proveedor del hogar) y femenino (como encargada de las tareas reproductivas, como el cuidado y la realización de las tareas de la esfera doméstica). De esta forma, los roles de género asocian a las mujeres con aquellos roles «naturalmente» femeninos, sesgándolas hacia el ámbito privado, estético, afectivo y de cuidados, estereotipos que chocan duramente con aquellos «esperables» para el cumplimiento de determinadas profesiones como las relacionadas con la mecánica.

#### MASCULINIDAD, VIOLENCIA Y CONTEXTOS: LA «HIPERMASCULINIDAD»

Existe una prolífica producción desde las ciencias sociales que vincula a las formas de construirse como varón en las sociedades globalizadas de la actualidad con el ejercicio de la violencia urbana y cotidiana, perpetrada entre los pares varones.

Alba Zaluar, al hablar de las conexiones entre la violencia urbana (preferentemente masculina) y el tráfico de drogas, señala que existe un tipo de masculinidad desarrollado por los jóvenes de los barrios carenciados de Río de Janeiro en Brasil, en contextos de luchas por el control territorial del tráfico de drogas. Dichos varones, que reflejan una masculinidad exhibicionista y exagerada, son jóvenes que no han podido «construir su identidad masculina como obreros tradicionales por el trabajo, por la educación, por la

propiedad y por el consumo de bienes duraderos, cosas que un empleo de trabajo manual permitía obtener hasta mediados del siglo pasado» (Zaluar, 2008: 165). De esta forma, dichos jóvenes varones se ven enfrentados a una violencia descomunal, y no solo pierden la vida por el control de los puntos de venta de droga, sino también por cualquier motivo que ponga en tela de juicio o amenace su estatus masculino.

Entre estos jóvenes, pertenecientes a las capas más pobres de la población, la posibilidad de alcanzar un nivel de vida a través del consumo ostentado producto de actividades fuera de la ley es visto como un modo de vida aceptable, que no alcanzarían de otra forma y se constituye en un elemento importante a la hora de definir sus nuevas identidades masculinas. La ostentación, la ayuda a los amigos y familiares, la celebración de fiestas costosas son actitudes que forman parte de esa estrategia de «macho dominante» en la sociedad brasileña, dice Zaluar, y que de alguna forma también aparece como ideal en el discurso de algunos de los jóvenes entrevistados en el correr de la investigación. Zaluar denomina a este tipo de construcción de identidad de género como «hipermasculinidad», y la asocia a la demostración de hombría a partir de los excesos: mucha bebida (o droga), mucha comida, mucho sexo y mucha exhibición de fuerza física o armada. El uso de las armas de fuego, como elemento de persuasión y de demostración de poder, se constituye también para estos varones como un símbolo de estatus y respeto, cristalizando lo que la autora designa como el «ethos guerrero» de la masculinidad, que surge a partir de los fenómenos desestructurantes de la economía sumergida en la era de la globalización.

#### PRINCIPALES HALLAZGOS EMPÍRICOS DURANTE EL TRABAJO DE CAMPO

¿La mecánica para los mecánicos? Percepciones sobre la presencia de mujeres en carreras tradicionalmente «masculinas»

Una de las dimensiones relevadas durante la investigación apuntó a conocer la opinión de los jóvenes del grupo acerca de que si consideran que la carrera que realizan — mecánica automotriz— puede ser realizada por mujeres. En función de la conceptualización realizada acerca de los estereotipos de género y la división sexual del trabajo, se puede señalar que si bien el peso de los estereotipos en las percepciones de los jóvenes parecen matizados en el discurso preliminar, aún siguen teniendo un peso importante en la construcción de los imaginarios sobre qué tareas son las esperadas para uno y otro sexo.

En general, las primeras respuestas indicaron que cualquiera puede hacer la carrera que desee, en función de sus intereses y/o preferencias. Sin embargo, no tardaron demasiado tiempo en indicar algunas objeciones respecto a las «capacidades» de las mujeres (utilizando algunos términos un tanto despectivos como que «no les da la mente») tanto para estudiar esta carrera como para desempeñarse laboralmente en dicha área.

Lo que pasa, ñery, es que las mujeres no usan mucho la cabeza... corte que tenés que usar la cabeza como loco ahí y si haces algo mal estás en el horno (Agustín, grupo de mecánica automotriz, 17 años).

Otro de los varones entrevistado reafirma lo que dice su compañero, haciendo alusión a las dos compañeras de clase en la carrera:

Claro, es como que no tienen mucho compromiso, a veces hacen, a veces no... a veces están con el celular y eso, claro, no es que todas las mujeres, este dice que hay mujeres que no tienen mente como para eso, porque es mucho, hay que estudiar mucho, muchas pruebas, y es un entrevero de muchas cosas (Waldemar, grupo de mecánica automotriz, 18 años).

Cuando se entrevistó a las alumnas de dicho grupo, Karen y Sofía, se les preguntó acerca de su opinión sobre la carrera que están realizando actualmente. Desde el principio ambas manifestaron que se sentían cómodas cursando la carrera y que lo están haciendo porque les gusta y se sienten capacitadas, pero ambas reconocieron que en sus círculos más íntimos, como ser la familia o los grupos de pares, habían tenido alguna objeción al respecto, lo que demuestra la fuerza que mantienen los estereotipos de género. Cuando se les preguntó si en algún momento habían sido cuestionadas por la elección de su carrera, respondieron de la siguiente forma:

Karen: «¿¿Mecánica??» dicen, como diciendo «¿Una mujer en mecánica?»

Sofía: Claro, te dicen «Sos mujer, ¿No te gusta hacer otra cosa?»

Karen: Cocina, por ejemplo.

Sofía: Claro, te tiran para cocina, peluquería, belleza... Todo el mundo piensa lo mismo... porque sos mujer, ¿cómo vas a hacer mecánica?... ¿Qué te importa porque hago mecánica? [risas] (Karen, 17 años, y Sofía, 16 años, del grupo de mecánica automotriz).

Respecto a la presencia de varones en carreras feminizadas, también se desprende del discurso de los y las adolescentes resistencias acerca de su presencia en dichas carreras, y las connotaciones que esto puede llegar a tener, en función de que sigue estando

presente en el imaginario la idea sobre que si un varón realiza una carrera feminizada no está cumpliendo con los mandatos impuestos por la masculinidad hegemónica.

Cuando se indagó al grupo de mecánica automotriz sobre la presencia de varones en carreras «no tradicionales» para su género, se registraron referencias a la orientación sexual de quienes eligen esas carreras («les gusta agarrar el peine», como metáfora sobre la homosexualidad de quienes optan por la peluquería).

El discurso que se percibe de los alumnos que realizan la carrera de belleza capilar no varía sustancialmente de los de mecánica en este aspecto. Si bien ellos mismos reconocen que es una carrera feminizada, lo hacen por interés personal y de alguna forma no les importa lo que les puedan decir, no tardan demasiado en admitir que en algún momento fueron objeto de cuestionamiento, tanto en su familia como en sus grupos de pares. El papel de los estereotipos de género y de la vinculación de la carrera de belleza capilar con lo femenino, también se registra en el discurso de los otros alumnos de dicha carrera. Los cuestionamientos recibidos y mandatos sociales acerca de la elección de una carrera tradicionalmente vinculada con las mujeres, hacen despertar sospechas en su entorno acerca del cumplimiento de los mandatos de la masculinidad hegemónica:

En mi barrio, a la vuelta de la esquina, hay un peluquero que atiende a mujeres y a hombres, y mucha gente lo toma como gay, hay discriminación (Marco, grupo de belleza capilar, 15 años).

Nuevamente aparece la referencia a la orientación sexual cuando se habla de carreras no tradicionalmente masculinas. La masculinidad, entonces, debe erigirse sobre pilares fundamentalmente de negación. En palabras de David Amorín, ser varón implica «no ser mujer (lo cual está a un paso de la misoginia), no ser homosexual (condición lindante con la homofobia) y no ser niño» (Amorín, 2008: 88).

El reparto de las tareas del hogar y el peso del mandato «proveedor» para los varones: ¿Nuevas miradas o reproducción de los estereotipos tradicionales? Otra de las dimensiones que se intentó relevar durante el proceso de investigación fue la relativa a las tareas propias del trabajo no remunerado (tareas domésticas y de cuidado de personas dependientes), en función de los estereotipos de género y su relación con el proceso de construcción de la identidad masculina. Cuando le preguntamos a los varones sobre qué opinaban acerca del reparto de las tareas del hogar y los roles de género en cuanto al trabajo remunerado y no remunerado, encontramos en su discurso

una presencia aún muy fuerte del mandato social que impone a los varones el hecho de ser el «sostén» y el proveedor principal en las familias, lo que queda reflejado en el siguiente discurso:

David: Eso sí, obvio, si el día de mañana tenés hijos y tenés que laburar

Raúl: Tenés que comprarte tus cosas, tener tu casa o algo, vestirse vos, no vas a esperar a que la mujer te vista...

David: A la mujer generalmente la mantiene un hombre o algo así...

Nacho: Yo trabajo desde los 13 años, por un tema que pasaron en la infancia tuve que trabajar, y ya sé que es eso, y ahora no trabajo por el tema de la mano, pero volví a trabajar con mi padre, pero ya sé que el día que me toque mantener una familia lo voy a hacer, o sea a mi familia la mantengo yo, esa es la mentalidad que me dieron a mí, trabajar para tu familia, no para vos (David, 16 años, Raúl, 17 años y Nacho, 17 años, alumnos del grupo de mecánica automotriz).

De estas palabras, podemos subrayar algunos elementos muy interesantes que marcan las trayectorias de estos jóvenes respecto a la consolidación de sus identidades masculinas: un primer aspecto, es el hecho de que consideran que debe ser el varón quien debe constituirse como el principal proveedor económico a la hora de constituir una familia. Los hijos, cuando lleguen, deben tener las condiciones materiales aseguradas por su padre.

El ejercicio temprano de las actividades laborales también se hace presente en el discurso de estos jóvenes. Es un elemento común en estos varones el hecho de su vinculación temprana con las tareas del trabajo remunerado. En una investigación realizada en Argentina sobre pobreza y masculinidad, Gabriela Rotondi aseguraba que «El trabajo temprano, como actividad central en la vida del varón urbano marginal imprime rasgos contundentes, marca sus trayectorias individuales y familiares desde una posición de proveedor de bienes y/o servicios a la unidad doméstica» (Rotondi, 2000: 60-61). El mandato proveedor para los varones sigue estando firme, y se justifica su presencia en las labores domésticas siempre y cuando haya dificultades para conseguir un trabajo remunerado. Las mujeres, deben hacerse cargo del trabajo no remunerado, aunque no se percibe un cuestionamiento a la raíz cultural de los estereotipos de género, la mujer es y ha sido preparada para ocuparse de las labores de la casa.

El término «puto» y sus connotaciones: Si está todo bien, si está todo mal  
En la primera entrevista realizada con los varones de la carrera de mecánica automotriz, una de las preguntas realizadas apuntaba a conocer sus opiniones acerca de lo que significa ser «hombres» para ellos. La primera respuesta nos da la pauta, en función de la categorización teórica que se ha efectuado, de que existe un fuerte vínculo entre la construcción de la masculinidad en contraposición a lo que es de naturaleza «femenina». Según lo declarado por uno de los alumnos, luego de que uno de sus compañeros nos dijera que no sabía el motivo por el cual muchas veces ellos mismos dicen que hay que «hacerse hombre»:

Porque sos una mina [risas]... si no lo hacés, sos puto (Kevin, alumno del grupo de mecánica automotriz).

La construcción de masculinidad, como vemos aquí, implica asumir la heterosexualidad como una situación natural y cuasi obligatoria, pero al mismo tiempo, «rechazar y estar en un estado de vigilia permanentemente contra todo aquello que pueda hacerla perder» (Cruz Sierra, 2002: 14). De este modo, las constantes demostraciones que deben llevar a cabo los varones para demostrar su virilidad y su condición de varones portadores de los estándares de la masculinidad hegemónica, como por ejemplo el consumo de drogas, alcohol y otros rituales de iniciación que fueron abordados en las entrevistas realizadas, tienen muchas veces como objetivo el no hacerse merecedores del calificativo «puto».

Pero también llama la atención otra de las acepciones que los alumnos le otorgan a dicho término, y que repetidamente fue mencionado por ellos durante las entrevistas efectuadas: se llaman «puto» entre ellos de una forma «amistosa», o como parte de un código comunicacional, aclarando en todos los casos que para que eso sea posible deben existir algunos requisitos, como la confianza y que «este todo bien» entre ellos. El siguiente diálogo refleja lo anteriormente descrito:

Agustín: Sí... pero eso corte que te lo dicen, ellos parece que te hablan bien, pero los profesores piensan que ta, que tenés que cambiar esa actitud, te dicen «puto» y todas esas manos pero en una bien, no te lo tenés que tomar a mal, pero es corte una palabra más rápida de sacar...

Entrevistador: Bueno, vos decís que le decís «puto» a alguien, a un compañero o conocido, pero vos no lo estás insultando...

Agustín: Como quien dice no, para algunos no...

Waldemar: Hay veces que vos decís «puto» en términos, no sé, de no descansarlo ni putearlo, así... como una comunicación...

Kevin: Pero vos le decís «puto» a una persona con la que vos te das, porque no le vas a decir a uno que no conoces «puto» porque ahí es otra cosa...

Waldemar: Es como un trato de confianza... (Agustín, Kevin y Waldemar, alumnos del grupo de mecánica automotriz).

Lo que se desprende de estas palabras es la aceptación tácita de que, cuando existe confianza entre pares, el «puto» ya no es un insulto (o los alumnos no le otorgan esa connotación), y se convierte en una especie de «código» comunicacional, una forma de pertenencia lingüística. Como lo expresa César Azamar, de este insulto «han devenido saludos, expresión de amistad, formas de complicidad y aprobación, que aparentemente han desterrado de su significado la carga injuriosa que dichas palabras poseen en nuestro vocabulario» (Azamar, 2015: 477).

No obstante, señala este mismo autor, el intento de desconocer el sentido de la expresión o de suavizarlo en un contexto de camaradería, no anula su significado ni lo que este produce en quien lo recibe, por lo que Azamar advierte que se trata de un «ejercicio de violencia», por lo que puede considerarse a este insulto como una forma de violencia verbal que deviene una manifestación de violencia de género, que tiene como finalidad remarcar una diferencia (de sexo, de género o de sexualidad, en estos casos) entre quien emite el insulto y quien lo recibe. «Puto» es todo aquel que no profesa los valores de la heterosexualidad normativa (o de la masculinidad hegemónica), la que establece un pensamiento heterosexual que gobierna todos los ámbitos de la experiencia humana.

En casi la mayoría de los discursos de los varones entrevistados, la reafirmación heterosexual emerge como componente icónico de la masculinidad hegemónica: la homosexualidad se convierte en una referencia (negativa) para los hombres, no solo como desviación de la norma, sino como también de su propio reforzamiento como varones.

**Si no te peleás, sos cagón: el imaginario de la reafirmación masculina a través del uso de la violencia física**

Uno de los rasgos más notorios en el discurso de estos jóvenes, es que recurren a la pelea o la violencia física en determinados casos: se mencionó en más de una oportunidad que esto se produce cuando son mirados «mal», o para que nos sean

tildados de «cagones». Para ser hombre, para ser viril, no se pueden mostrar signos de debilidad: hay que estar pronto para combatir, para pelear, cada vez que alguna situación ponga en entredicho o amenace su performatividad masculina.

El respeto y el no dejarse pasar por arriba forman parte del imaginario de estos varones, que no ven otra opción para mantener determinado estatus que apelar a la violencia física, aunque reconozcan que no está bien.

Nahuel: Sí, creo que el respeto se basa más en eso, en que si te mira mal tenés que arreglar los problemas, yo por lo que veo ahora nadie me miro mal ni nada, tampoco busco el lío, pero si alguien me mira mal, yo tampoco voy a agachar la mirada con nadie (Nahuel, alumno del grupo de belleza capilar).

Waldemar: Horrible profe, horrible... pero eso va más de eso, tipo una impulsión entre los hombres, tipo que se miran de vivo y todo eso, entonces eso es lo que genera que se peleen y esas cosas, eso es lo que yo opino, hay algunos que se quieren hacer los más hombres que los otros, y ya ahora miras a uno de vivo y ta, me estás mirando mal y vamos a pelear (Waldemar, alumno de mecánica automotriz).

Por otro lado, la visión que tienen los jóvenes sobre las peleas entre mujeres (que también existen) está basada en la figura del varón. En este imaginario, es la figura masculina la que se erige como objeto de deseo y de disputa para las mujeres.

¿A las mujeres les gusta que les peguen? Percepciones sobre violencia de género  
Cuando se indagó acerca de las percepciones de los alumnos respecto a la temática de la violencia de género, muchos de ellos identificaron que ciertos comportamientos violentos de los hombres hacia las mujeres tienen su origen en una sociedad machista, que no tolera la insumisión femenina («la mujer lo caga al hombre, entonces queda re quemado» expresaba uno de los alumnos), en función de la carga simbólica que asume la dominación masculina. También se reafirmó el pensamiento de que en el trasfondo de la violencia hacia la mujer se encuentra presente el factor socializante de género, en relación con el estereotipo de la masculinidad hegemónica de la fuerza del varón (en contraposición de la «debilidad» femenina), como componente de las relaciones de poder desiguales entre varones y mujeres.

En el momento de las entrevistas, se les mencionó a los alumnos y alumnas algunas frases y afirmaciones para que declararan si estaban de acuerdo o en desacuerdo, lo que generó insumos muy interesantes para entender el rol de la violencia y su relación con la construcción de la identidad masculina.

Resultó muy reveladora la siguiente declaración de uno de los alumnos, cuando se le preguntó qué opinaba acerca de la violencia doméstica:

Ella te caga o te mete los cuernos, pero vos a ella la querés mucho, no podés soportar que este con otro que no seas vos, entonces eso te lleva a cometer alguna locura, por así decirlo, porque te levantas un día re enojado y no pensás lo que haces, y vas a agarrar un arma, y le tirás un tiro y pacate, decís «sí no sos mía, no sos de nadie». Y después te arrepentís para toda tu vida, pero son cosas que llega uno a hacer pero cuando ya hay muchos problemas, el límite (Cristian, alumno del grupo de mecánica automotriz).

En el discurso de este alumno entonces observamos cómo sigue operando la dominación masculina a partir del eje de la posesión de la mujer: «sí no sos mía, no sos de nadie». Aunque luego se menciona el arrepentimiento a dichas acciones, se establece claramente que la mujer sigue siendo vista como objeto de posesión para los varones, la cual debe asegurarle fidelidad y en caso de «traición» se justifica el uso de la violencia, aunque en el discurso se deje entrever que es el resultado de una emoción desmedida.

Esta realidad, según Fernández Llebreg, expresa «una notoria incapacidad de estos hombres para resolver los conflictos con los que se encuentran y generan a través de la negociación, el acuerdo, el dialogo, la empatía» (Fernández Llebreg, 2005: 7).

Respecto a otra afirmación que se hizo en las entrevistas, relativa a que sí las mujeres no se iban de su hogar en caso de estar viviendo una situación de violencia, era por el hecho de que no les disgustaba tanto, las respuestas de los varones resultaron mucho más contundentes que las de las mujeres. Por ejemplo, los varones del grupo de mecánica sostuvieron lo siguiente:

Les gusta ser maltratadas, yo que sé... si no, te vas, claro les gusta, yo que sé, para mí que les gusta, si no, se va... si pibes hay pila, pibes hay un montón (Kevin, alumno de mecánica automotriz).

Si se queda es porque les gustó, si no, te vas (Elías, alumno de mecánica automotriz).

Si se queda es porque quiere que le sigan pegando... si nadie está amarrado a nada, cada uno es a la manera que quiere y se puede ir cuando quiere (Alexander, alumno de mecánica automotriz).

En el discurso femenino aparecen otras dimensiones que no se registran en el discurso de los varones: el miedo, el temor, el saber que se está en una situación de riesgo y no

saber bien cómo actuar ante ella. En los discursos de estas adolescentes podemos observar que existe conciencia del fenómeno de vulnerabilidad que atraviesan las mujeres que están viviendo situaciones de violencia basada en género.

Identidad(es): el barrio, la idealización de la figura del «narco» y la música  
Como anteriormente se examinó con Alba Zaluar, en virtud de las dificultades que encuentran los jóvenes en este mundo globalizado para conseguir empleos formales, muchos de ellos se vuelven vulnerables a las atracciones del crimen-negocio.

En las entrevistas con los adolescentes surgió el tema del narcotráfico y toda la simbología que envuelve a ese mundo que estos jóvenes parecen conocer de cerca: no se vislumbra en su discurso que integren alguna banda que se dedique al comercio ilegal de la droga, pero sí lo viven en su cotidianeidad, y puede detectarse en su discurso un alto grado de idealización acerca de la actividad del «narco», y de los beneficios que reporta la actividad:

Lo que pasa que para ser narco también...tenés que tener tremenda cabeza, tenés que ser inteligente, tenés que saber muchas cosas. Algunos piensan que es nomás vender droga y nada...Pero no, es tener contactos, tenés que saber hasta matemática, imagináte...eso es lo que lleva a los delincuentes, a querer estar con ese narco para ser chorro y esas cosas, y es como que quieren estar en un privilegio, ¿Entendés? Que ya después te pido ayuda y ta, me das ayuda porque yo estaba robando para vos, maté gente para vos, y todas esas cosas así...y ta, y a veces quedan como un perro también, porque lo agarran de perro, y si, es verdad... (Waldemar, alumno del grupo de mecánica automotriz).

Convertirse en «narco», según la mirada de este alumno, tiene implicaciones no solamente desde una lógica puramente mercantil, en la que se necesita preparación y conocimientos para ser exitoso (contactos, saber matemática, etc.), sino también desde un punto de vista relativo al estatus que confiere el estar cerca del «narco». No obstante, se mencionan los riesgos que ello conlleva (que te agarren de «perro», es decir, el ejercicio de una autoridad abusiva en términos de cumplir ciertos roles dentro de la organización delictiva).

Otra de las dimensiones que surgieron durante la investigación fue el «consumo» musical de los jóvenes entrevistados. Una de las entrevistas realizadas con dos alumnos del grupo de mecánica automotriz, comienza con uno de ellos cantando una canción del género «trap». Según consigna un artículo periodístico del diario colombiano *Semana*:

Trap fue el nombre se le dio a la mezcla de sonidos derivados del hip hop y la electrónica [...] Las letras no tratan de dar ningún mensaje, solamente narran de forma explícita historias de lo que viven algunas personas en guetos, como el tráfico de drogas, riñas, armas, sexo, fiestas, excesos, dinero, marginalidad y decadencia (Nota publicada en *Semana*, 16 de diciembre de 2016).

Luis Mora (2017) señala que el trap, en su versión latina, tiene un auge muy reciente y que presenta ciertas particularidades, como el uso de un lenguaje directo, explícito y chocante, que genera una discusión en el desarrollo de la equidad de género.

Durante una de las entrevistas en las que se abordó el tema del «trap», los alumnos me sugirieron escuchar junto a ellas algunas canciones de dicho género, para luego analizarlas juntos. Todos los alumnos consultados coinciden en que el «trap» habla de lo que sucede en la realidad, en el barrio donde se forjan sus personalidades (y se hacen «hombres»), en la vida, pero en la vida de los jóvenes de las clases sociales menos favorecidas, o jóvenes que no gozan de moratoria social, referenciando a Margulis (2008). Los alumnos entrevistados lo expresaban así:

Porque te dice toda la realidad, porque esas canciones son realidad, lo que pasa ahora en el mundo. Putas, drogas, plata, todo eso... mafia, hay gente que no le gusta porque hay canciones que son degeneradas y esas cosas, es la realidad (Waldemar, alumno de mecánica automotriz).

Te habla de lo que pasa en la calle, en todos lados, por todos lados es así... según en donde sea también, porque no vas a comparar un barrio bajo con un barrio donde hay gente con plata. Ahí los cuida más la policía y todo, en otros barrios pobres se tienen que mantener como puedan (Alexander, alumno de mecánica automotriz).

Para los alumnos entrevistados, este género musical tiene un rotundo éxito entre los jóvenes ya que refleja una subcultura de la que ellos se sienten parte. Son los varones jóvenes, en su mayoría de contextos socioeconómicos bajos, los que se identifican con las letras del «trap»: Jóvenes que en muchas ocasiones ven en el narcotráfico una fuente de ingresos que les permita obtener un nivel de vida un poco mejor y que no encuentran en el mercado laboral formal. Las letras del «trap» han sido cuestionadas duramente por sus referencias explícitas y su contenido sexista. Varios de los alumnos consultados respecto al tema hicieron hincapié que en la mayoría de las letras se denigra y cosifica a la mujer; no obstante, se generaron algunas discrepancias respecto a este asunto, debido a que en algunas ocasiones se alega que las mujeres son las que permiten que se las trate de esa forma.

## REFLEXIONES FINALES

Los hallazgos presentados sugieren que en el contexto actual, la masculinidad hegemónica sigue teniendo un peso muy importante tanto en los discursos como en las prácticas de los varones adolescentes, en la construcción de sus identidades de género como varones. Tanto a la hora de hablar sobre estereotipos de género, como sobre la homosexualidad (y la homofobia), la violencia de género y los códigos y consumo cultural en los barrios, los jóvenes se siguen identificando con figuras y representaciones sociales que ubican al varón en situaciones de privilegio en relación con las mujeres, y a otros varones que no adhieren al modelo hegemónico de la masculinidad.

El rol de proveedores en el ámbito familiar, la facilidad «natural» para el desempeño de determinadas tareas y labores, el éxito heterosexual, la virilidad, la valentía, la culpabilización de la mujer muchas veces ante casos de violencia de género, el «hacerse valer» ante situaciones violentas o disputas y su percepción sobre el mundo del narcotráfico y la violencia urbana, nos evidencian que el modelo de masculinidad hegemónica sigue siendo el predominante, aunque en ciertos casos exista una «apertura» a replantearse y repensar estos temas, desde una óptica diferente a la que están acostumbrados.

Si bien desde la sociedad civil y el Estado se viene trabajando desde hace algún tiempo en nuevas masculinidades, el camino a recorrer es muy largo aún. Este trabajo tuvo un carácter exploratorio, y lejos está de pretender exhibir un abordaje general del tema. El objetivo de una futura investigación será conocer el alcance de la masculinidad hegemónica en otros contextos y con otros jóvenes.

Ángeles Carabí sintetiza, con estupenda claridad, la tarea que tenemos como varones de aquí hacia el futuro:

El varón no tiene otro enemigo que sí mismo, o mejor dicho, la construcción de sí mismo que ha heredado. Deconstruir la cultura de la que forma parte resulta un proceso complejo porque no solo es un «algo» intangible, sino que las rutinas jerárquicas de género, raza y orientación sexual entretejen el sistema económico, social y político en el cual él es todavía el centro de referencia. Por este motivo, es necesario que el hombre establezca vínculos cercanos con otros hombres y que mantenga relaciones próximas con los grupos antes marginados ya que estos, desde hace años, están trabajando en la reconstrucción del conocimiento (Carabí, 2000: 26).

## BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, L. (1995) «Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa» En Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. (comps.) *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Alonso, L. (1998) *La mirada cualitativa en sociología. Una aproximación interpretativa*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Amorín, D. (2008) «Masculinidad y violencia de género», en *Género, Equidad y Políticas Públicas. VI Curso para graduados*. Grupo Derecho y Género, Facultad de Derecho, Udelar.
- Azamar, C. (2015) «Del “puto” (amistoso) a la “bitch” (de cariño): el insulto como manifestación de violencia de género», *Memoria del coloquio de investigación en género desde el IPN, Año 1, No. 01, enero-diciembre 2015*. México, D.F. Disponible en: <<http://www.genero.ipn.mx/Paginas/mc.aspx>> [Consultado el 15 de diciembre de 2017].
- Bonino, L. (1995) «Micromachismos: La violencia invisible en la pareja» en Corsi, J. (comp.) *La violencia masculina en la pareja*. Madrid: Editorial Paidós.
- Bonino, L. (2003) «Masculinidad hegemónica e identidad masculina». *Dossiers Feministes*, p. 7-36. Editada por el Seminario de Investigación Feminista de la Universitat Jaume I de Castellón, España.
- Carabí, A. y Segarra, M. (eds.) (2000) *Nuevas masculinidades*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Cruz Sierra, S. (2002) «Homofobia y Masculinidad». *Revista El Cotidiano* Vol. 18, Nº 113, mayo-junio. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco, Distrito Federal, México
- Fernández Casado, A. (2016) «Coeducación y profesiones masculinizadas. El papel del sistema educativo como agente de socialización». *Federación Española de Sociología*. Disponible en: <<http://www.fes-sociologia.com/files/congress/12/papers/4930.pdf>> [Consultado el 16 de Septiembre de 2019].
- Fernández-Llebrez, F. (2005) «Masculinidades y Violencia de género ¿Por qué algunos hombres maltratan a sus parejas (mujeres)?» *Aldarte*. Disponible en <<http://www.aldarte.org/comun/imagenes/documentos/Masculinidadesyviolenciaadegenero.pdf>> [Consultado el 15 de diciembre de 2017].
- Fuller, N. (2003) «Adolescencia y riesgo: Reflexiones desde la antropología y los estudios de género» En Olavarría, J. (ed.) *Varones adolescentes: Género, identidades y sexualidades en América Latina*. Santiago de Chile: Flacso.
- Graña, F. (2011) «Raíces de la violencia basada en el género. Los orígenes de la dominación masculina: apuntes para una búsqueda». *Ponencia presentada en el IV Coloquio Internacional de Estudios sobre Varones y Masculinidades*. Udelar, Montevideo, 19 al 21 de mayo de 2011.
- Kimmel, M. (1997) «Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina» En: Valdés, Teresa y Olavarría, José (eds.). *Masculinidad/es: poder y crisis* Santiago de Chile: ISIS-Flacso.
- Luraschi, N. (2015) «Construcción de género en adolescentes de una institución de educación media de Montevideo». Tesis de Maestría, Facultad de Psicología, Udelar.
- Margulis, M. (2008) *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos.

- Olavarría, J. (2003) «¿En qué están los varones adolescentes? Aproximación a estudiantes de enseñanza media» En Olavarría, J. (ed.) *Varones adolescentes: Género, identidades y sexualidades en América Latina*. Santiago de Chile: Flacso.
- Olavarría, J. (2005) «La masculinidad y los jóvenes adolescentes». *Revista Docencia*, Vol. 27, Año X, Santiago de Chile.
- Rotondi, G. (2000) *Pobreza y Masculinidad. El urbano marginal*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Tomassini, C. (2012) «Ciencia académica y género: trayectorias académicas de varones y mujeres en dos disciplinas del conocimiento dentro de la Universidad de la República, Uruguay» Tesis de Maestría, Facultad de Ciencias Sociales Udelar.
- Zaluar, A. (2008) «Paradojas del crimen-negocio global en Brasil» En Fleury, S.; Subirats, J. y Blanco, I. (eds.) *Respuestas locales a inseguridades globales. Innovación y cambios en Brasil y España*. Barcelona: Fundación CIDOB.

#### ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS

- Mora, L. (2017) «El trap latino: ¿Qué voces se manifiesta?» Disponible en: <https://fldramapopular2.wordpress.com/aportes-de-los-estudiantes-2017/luis-mora-el-trap-latino-que-voces-se-manifiesta/> [consultado el 30 de julio de 2017].
- La Semana* [en línea] (2016) «Trap, el género que lleva la mala fama del machismo» Disponible en: <http://www.semana.com/cultura/articulo/machismo-en-el-reggaeton-el-trap-y-la-musica/509720> [Consultado el 30 de julio de 2017].
- El Observador* (2017) «Cada 14 minutos se recibe una denuncia por violencia de género en Uruguay» Disponible en: <https://www.elobservador.com.uy/cada-14-minutos-se-recibe-una-denuncia-violencia-genero-uruguay-n1145452> [Consultado el 15 de diciembre de 2017].